



Un misterio por resolver

**Cristina Martín Martín. Peñaranda de Bracamonte,
Salamanca. 13 años.**

¿Qué sucedería si un misterioso incendio destruyera tu casa? ¿Si tu tía ocultase un secreto inconfesable? ¿Y si tus compañeros de clase se propusieran investigar?

Con este cuento de enigmas y aventuras, Cristina nos desvela cómo prefiere pasar las vacaciones... ¡entre amigos y leyendo algún libro de misterio!

Estudia 2º de la ESO en el *Colegio de La Encarnación* de Peñaranda, se porta bien aunque a ratos alborota un poco, (sólo un poco), le gustan las Ciencias Naturales y la Educación Artística y Visual; le encanta salir por ahí con sus amigas, los partidos de fútbol (verlos y jugarlos) y estar con su perro.

Un misterio por resolver

Cristina Martín Martín

Hace unos años llegaron a nuestra clase unos niños huérfanos. Eran hermanos. Uno de ellos se llamaba Alberto y era mayor que su hermana. Su hermana se llamaba Esmeralda, y habían vivido siempre muy bien, hasta que un día se produjo un accidente de coche, en el que ellos iban dentro. A ellos les pudieron salvar pero con sus padres no tuvieron la misma suerte.

Eso ocurrió hace siete años, cuando ellos tenían sólo seis años. Desde entonces han estado viviendo con sus tíos y su abuela en este pueblecito que no está muy lejos de donde vivían antes.

Los niños no se acordaban de nada del accidente. Nosotros lo sabemos porque nuestra tutora nos lo explicó todo. La tía de estos niños se lo había explicado a nuestra tutora y ella creyó que nos lo debía decir para que no metiéramos la pata con ellos:

—Queridos alumnos, los niños que van a venir ya han estado aquí antes, así que no hace falta que les enseñéis la ciudad. Lo que sí me gustaría que hicierais es que no les recordéis nada a su familia, porque después del accidente, perdieron la conciencia. Y por favor nunca les llevéis a la casa que hay a las afueras de la ciudad, al lado del estadio de fútbol, porque aquella fue su casa de hace unos años. Y

si os preguntan de quién es esa casa no lo sabéis, y si os preguntan porqué está quemada, tampoco lo sabéis.

Una niña llamada María, preguntó a la profesora:

—Y ¿si encuentran el libro que escribieron sobre la casa?

Ella , extrañada, respondió:

—¿Qué libro?

Un niño llamado Pedro, le contestó:

—Hace unos siete años, un señor mayor, escribió un libro sobre lo que ocurrió en esa casa, y también quién y por qué la quemaron.

Yo conozco la historia aunque el libro yo no me lo he leído. Yo os la puedo contar.

La profesora le dijo:

—Está bien, pero nos la tienes que contar entera, y a la primera que arméis, nos ponemos a dar clase. Esperaremos al final de la mañana para no perder clase.

Después de dar todas las clases, llegó la última hora, y la hora de matemáticas. Pedro, que era un poco sabelotodo y se creía el mejor, empezó a contar la historia:

—Profe, os la voy a contar toda, porque mis abuelos, que se la han leído, me la han contado. Por eso, me la sé tan bien.

Todos los chicos y chicas le dijeron:

—¡Pedrito, no nos cuentes tu vida, cuéntanos la historia!

Pedro empezó a contarla:

—Está bien ¡qué impacientes! Hace unos siete años, una familia con bastante dinero, sufrió un trágico accidente. Vivían en una casa a las afueras de este pueblo que, una semana después de este accidente, fue quemada. No se

sabe ni por qué, ni por quién. Lo único que se pudo averiguar es que esta familia tenía dinero en la casa y joyas. Los policías entraron para ver si había huellas, pero lo único que se pudo averiguar fue que todo lo que había de valor, había desaparecido sin dejar rastro.

Un día este hombre, el escritor del libro y periodista, entró en esta casa y descubrió quién podía haber querido provocar ese incendio. El periodista, para asegurarse de que su intuición no le fallaba, entró en el buscador de Internet, para buscar el año 1998, es decir, el año del suceso en cuestión y comprobó que el accidente podía tener algo que ver con lo sucedido posteriormente. El hombre había descubierto, un trozo de abrigo, que se había desgarrado con un trozo de madera. Probablemente sería de la persona que había provocado el incendio. Por eso estuvo viendo la prensa de aquellos años y las fotos de la familia, amigos y gente del pueblo. El escritor no había querido desvelar la identidad del culpable en el libro porque la policía seguía por su lado la investigación y no se lo permitían hasta que no tuvieran suficientes pruebas.

Al día siguiente, llegaron al colegio los dos niños a los que esperábamos. Llegaron sobre las doce, después del recreo. Todos estábamos impacientes porque llegasen, sobre todo las chicas.

Al entrar en el aula, se presentaron, y nos hablaron de ellos. Nosotros también nos presentamos y contamos todo lo que hacíamos. Nos perdimos dos horas y media, hasta que se terminó el colegio.

Nosotros no parábamos de dar vueltas a lo que nos había contado Pedrito, y de preguntarnos quién podía ser el misterioso personaje de la historia. Esa misma tarde, decidimos que haríamos nuestras propias averiguaciones.

Todos mis compañeros y yo nos conocíamos desde

pequeños, por eso salíamos todos juntos. Teníamos una peña desde hacía un año, y como nosotros somos tan cotillas, no podíamos esperar una década para saber que había pasado aquel lunes de aguas de 1998.

Lo primero que teníamos que hacer era buscar en Internet, como había hecho el periodista, todos los documentos donde viniera la noticia del accidente y también sobre el día que fue incendiada la casa. Teníamos que seguir los mismos pasos que él había dado.

Como no teníamos un ordenador en la peña, nos fuimos a la biblioteca, donde, la bibliotecaria, amiga nuestra, nos dejó imprimir todo lo que necesitábamos, también teníamos que hablar con la tía de los niños, y sobre todo con el escritor del libro que nos había comentado Pedrito en clase.

Nos pusimos en marcha al día siguiente y, lo primero que hicimos, fue leernos cada uno un periódico, y luego, nos contamos lo más interesante. No había nada que ya no supiéramos, así que pasamos al plan B.

Fuimos todos a casa de los niños. Sólo estaba la tía. Nos invitó a todos a entrar en su casa que era enorme. Nos llevó hasta el jardín, que también era muy grande, y allí, nos ofreció tomar algo.

Ella se llamaba Noemí y, como no estaban sus sobrinos, no le importó contarnos lo que sabía.

Jaime y Noelia se tomaron muy en serio su papel de investigadores y le preguntaron:

—Usted, ¿por parte de quién es tía?

La mujer contestó:

—Soy su tía por parte madre, y por favor, me podéis tutear.

Era un poco extraña. Todo lo que le preguntábamos, se

paraba a pensarlo como si estuviese dando rodeos. No comprendíamos por qué se había prestado tan amablemente a contarnos todo, si luego nos iba a contestar de esa forma tan poco precisa.

Después de haber hablado con la señora durante una hora, nos fuimos en busca del escritor del libro de la historia.

Como no sabíamos dónde vivía, y tampoco nos decían nada las personas que conocíamos, llamamos por un móvil al número de información del pueblo. Cuando nos atendieron se puso Carla:

—Hola, me llamo Carla y me gustaría saber dónde vive el señor... —se quedó pensativa y mirando a sus amigos — bueno, es que no lo conocemos, pero ha escrito un libro sobre un acontecimiento del pueblo. Si le decimos el título, ¿lo puede averiguar?

—Sí. Además creo que ya sé de quién se trata.

—El libro es *El humo del olvido*.

—Sí, vale, un momento que lo mire en el ordenador... Ya lo tengo. Vive en la plaza del Ayuntamiento en el número 14, el piso 6º y la letra F.

—Muchísimas gracias.

—De nada Carla, es mi trabajo. Encantada de haberos podido ayudar.

Después de que nos dijera dónde vivía, nos acercamos al lugar y casualmente, llegando a la plaza vimos a un señor que se parecía mucho al de la foto del libro. Fuimos corriendo y le llamamos. El señor, con voz aguda y un poco gruñón, nos contestó. Creíamos que nos iba a negar la petición de hablar con él sobre la historia que escribió, pero no fue así. El hombre nos dejó subir a su casa.

Daba la impresión de que el hombre ya sabía a lo que

veníamos, y nos dijo:

—Buenas tardes chavales. Ya me imagino a lo que venís. Queréis hablar sobre Tai y Cari ¿verdad?, y también sobre lo que les ocurrió. Pues bien, yo lo sé.

—¿Y por qué no lo dijo hace siete años? —Le preguntó Rosa.

El señor le contestó:

—Hace siete años yo era muy buen amigo de esa familia y no creo que quisieran que se difundiera lo que os voy a contar. Después de que la casa se quemara, yo me colé allí aunque había un precinto de la policía. Cuando estaba dentro, llegué al salón, y vi un trozo de tela. Reconocí al instante de quién era. Era de la tía de los niños. Lo sé por la fotografía de los periódicos.

Cuando lo dijo, todos nosotros nos quedamos asombrados, no nos atrevíamos a hablar, pero Laura y Esther le hicieron una pregunta, que por lógica, se podía responder:

-¿Y por qué no lo dijo a la policía?

El hombre respondió:

—No lo dije porque me acusarían de entrar en un lugar prohibido por la policía.

Cuando nos contó lo que ocurrió, nos marchamos, y fuimos de regreso a casa de la tía de Esmeralda y Alberto.

Cuando llegamos, y le dijimos todo lo que sabíamos, nos empezó a explicar todo lo que no nos había contado antes:

—Cuando habéis venido antes, me habéis notado un poco extraña, porque no tenía ni idea que os ibais a interesar por este caso. Pero ahora os voy a contar toda la verdad. Hace doce años, yo estuve embarazada de mellizos. A los dos o tres meses, ya estaba trabajando. Me mandaron un trabajo muy importante, donde pagaban bien. Me dijeron que podía

ir un mes para ver como me iba, y si no me gustaba, volvía. En ese tiempo, dejé a los mellizos, con mi hermana, pero cuando volví, mi hermana se había ido con los niños. Los busqué por todas partes, pero no los encontré así que me fui sola al extranjero. Por eso hace siete años, cuando ocurrió el accidente, me enteré por la prensa y decidí regresar de inmediato. Me hice pasar por su tía, porque no quería que ellos sufriesen. Incendié la casa para que se olvidaran de todo aquello y empezar con ellos una nueva vida. Pero ha llegado un momento en el que ya no puedo con mi conciencia, por eso os lo cuento. Además voy a ir a la policía.

Al día siguiente habíamos quedado con Noemí, la supuesta tía de los niños, para que fuera a contar todo a la policía, que ella pudiera quedarse tranquila, y poder decir a sus hijos que ella era su verdadera madre.

Cuando estábamos en la comisaría, Noemí les contó todo con detalle. El comisario le confesó que estaban tras la pista desde hacía un año y que la habían estado observando.

Después de un buen rato, el comisario la dejó volver a casa pero le dijo que, aunque la propiedad era suya, debía pagar una multa por el peligro que había podido ocasionar al vecindario. Ella aceptó de muy buena gana y pidió perdón sinceramente.

Cuando Esmeralda y Alberto se enteraron de la noticia, se sintieron decepcionados y tristes, pero sabían que, aunque les resultaría difícil asimilar que su tía era su madre, los sentimientos que les unían eran más fuertes que todo.

Después de las vacaciones de Semana Santa, todos nosotros entregamos nuestro trabajo de vacaciones. La profesora nos había mandado hacer en un folio todo lo que habíamos hecho durante esos días. Para nosotros fue muy fácil, porque realmente teníamos una aventura muy interesante. Nos quedó un trabajo genial.

Realmente, han sido las mejores vacaciones de Semana Santa que he pasado con mis amigos.